

¿PODRÁ FRANCIA CORREGIR EL RUMBO?



Escribe

Gustavo Ernesto Demarchi

La República Francesa, en mérito al volumen de Producto Bruto que su economía genera anualmente y según la renta *per capita* que perciben sus 65 millones de habitantes, ocupa un lugar destacado en el concierto de naciones. Por ello forma parte del G-7, exclusivo "club" integrado por los países económicamente más poderosos del orbe del que participan Estados Unidos, Alemania, Japón, Gran Bretaña, Italia y Canadá, mientras que puján por ingresar Rusia, China, India, España y Brasil.

En términos políticos, no obstante que el rol jugado por Francia durante la Segunda Guerra Mundial fue de menor envergadura que el desplegado por los aliados bélicos occidentales (EEUU y Gran Bretaña), fruto del equilibrio forzado por la *Guerra Fría* entablada con la desaparecida URSS, el país obtuvo un asiento permanente en el Consejo de Seguridad, mesa directiva de la Organización de Naciones Unidas. Este sitio lo comparte con los demás países que triunfaron en dicha conflagración junto a China, cuya incorporación a la ONU es más reciente. La ubicación privilegiada que ostenta Francia en el máximo organismo supranacional del planeta le asegura a su gobierno contar con voz, voto y derecho al veto en la toma de decisiones de mayor trascendencia internacional.

En el ámbito continental, París ejerce desde siempre una influencia relevante en los asuntos europeos dado que por las dimensiones de su territorio, su población y su economía y, además, por históricas razones geopolíticas y culturales, Francia conforma -con Alemania- el pilar básico de la Unión Europea, el segundo bloque regional de la Tierra y uno de los mercados de consumo más prósperos y solventes. Por su parte, un gran número de empresas locales y corporaciones transnacionales con capitales de origen galo ocupan posiciones predominantes en el universo de los negocios realizando actividades agropecuarias, industriales, tecnológicas y de provisión de servicios diversos en donde el turismo ocupa un lugar significativo.

- *Con el paso cambiado*

Si bien los analistas coinciden en sostener que Francia fue y sigue siendo una potencia de primer orden, también señalan que su performance macroeconómica ha fluctuado por debajo de los parámetros internacionales de crecimiento durante las tres últimas décadas. Constatan que el país está perdiendo terreno, tanto en cuanto a porcentuales de participación en la producción de bienes y servicios, como en los decisivos aspectos de la innovación tecnológica y la radicación de inversiones directas, habiéndose resentido en los últimos 20 años la capacidad competitiva de sus emprendimientos comerciales e industriales más emblemáticos.

La productividad alcanzada en la gestión de las empresas de origen francés, factor considerado dirimente para asegurar el posicionamiento a largo plazo de cualquier nación con pretensiones de insertarse en los mercados del mundo, acusa preocupantes signos de empantanamiento en comparación con lo que se aprecia en las series históricas del primer tramo de la segunda mitad del siglo XX. En dicho período, la hostil bipolaridad entablada entre el bloque occidental, por un lado y la Unión Soviética y China continental, por el otro, que fragmentó y tabicó el comercio

internacional, constituyó una oportunidad para el desarrollo de Francia, país que asumió una política de "tercera posición" equidistante de las principales potencias en pugna obteniendo con esta actitud fructíferos réditos tanto políticos como económicos.

Luego de la caída del muro de Berlín, de la implosión de la Unión Soviética y de la conversión al capitalismo emprendida por Europa Oriental, China y Vietnam, el panorama mundial ha cambiado de modo radical. En tal contexto, la pérdida de competitividad de la industria francesa se agudiza, en términos relativos, si se compara el desempeño reciente de sus actividades lucrativas con el experimentado por España, Irlanda, República Checa, Polonia, Eslovenia y Estonia, conjunto de países euroasiáticos que, de revistar durante décadas como economías semi o subdesarrolladas, han pasado a ejercer, gracias a su sostenido progreso material, inéditos roles de liderazgo en la región. Ni hablar del impacto que, en materia de costos, escalas de producción y flujo de inversiones ejerce el masivo ingreso de productos de origen chino e indio sobre los mercados europeos; avasallante proceso de penetración mercantil que sorprende a la economía francesa en situación vulnerable.

Las debilidades y limitaciones observadas en la evolución de los factores de producción, induce transitivamente el deterioro de los mecanismos de generación de ingresos genuinos a ser distribuidos en el interior de una sociedad que -por ahora- continúa siendo definida como opulenta y, por ende, de sofisticado nivel de vida. Ante el achicamiento del horizonte económico y, además, en la medida en que las remuneraciones nominales que percibe la población son inelásticas a la baja, el fenómeno repercute sobre los índices de desocupación que afronta Francia, los que se mantienen entre los más altos del Primer Mundo.

De los aspectos de índole social que completan este cuadro de situación cabe agregar que, junto a la ralentización del ritmo de crecimiento económico ya señalada, interactúan cuestiones de diferente naturaleza, entre las que se destaca una de índole demográfica como es la inmigración masiva proveniente del Magreb y de otras regiones de África y Asia. Este fenómeno, además de alimentar el desempleo y de deteriorar la calificación promedio de la mano de obra disponible, viene acompañado por la propagación de severos problemas de seguridad interior, agudización de la violencia étnica, acumulación de déficit de vivienda, de educación, de servicios urbanos básicos, etcétera.

- *Las reformas que no llegan*

En una nación compleja, cosmopolita, diversificada y de historia poco menos que milenaria como es Francia, no es fácil detectar el orden causal por el cual se encuentra inmersa en esta difícil encrucijada. Aquí cabe acotar, a los fines de desdramatizar parcialmente el informe, que algunos de los problemas que la aquejan son comunes a otras naciones europeas -por ejemplo, Alemania- no obstante lo cual en dichos casos se cuenta con una clase dirigente más preocupada por implementar correctivos tendientes a revertir el problema.

Los sucesivos gobiernos de Francia, en cambio, llevan unos cuantos años enfrascados en enjundiosos aunque poco efectivos debates internos y siguen demorados en desgastantes marchas y contramarchas. Este comportamiento del poder político engendra medidas contradictorias que, en parte, provienen del clima de perplejidad reinante en la que antes fue una nación líder; y, en parte, de la existencia de una paridad de fuerzas políticas de signo diverso al frente de los asuntos gubernamentales. Así se evidencia que, o bien aún no se ha detectado cabalmente el síndrome que paraliza la economía nacional; o bien operan sectores refractarios que usufructúan en beneficio propio el *statu quo* y que, por ende, se han conjurado para obstaculizar la implementación de las reformas requeridas.

Sea cual fuere la causa que impide la toma de decisiones renovadoras, lo cierto es que las cuentas nacionales de Francia muestran un preocupante desequilibrio fiscal (donde los subsidios a la ineficiente agricultura ocupan un lugar destacado), además su oneroso sistema de seguridad social está sumergido en una severa crisis de sustentabilidad, mientras que la deuda externa sigue aumentando y, como se ha dicho, la productividad promedio de la economía no deja de retroceder. Estos son síntomas de por sí elocuentes, que ponen al desnudo la presencia de un Estado burocratizado y dispendioso que administra empresas públicas anquilosadas; una pesada carga impositiva que desalienta la gestión de negocios y las inversiones de riesgo; y la presencia de poderosas corporaciones empresariales y sindicales que controlan áreas económico-sociales hiper-reguladas y de acceso restringido (verdaderos estancos colbertianos) que obstruyen el libre flujo de bienes, de recursos humanos y de capitales.

En cuanto a los asuntos europeos, la situación por la que atraviesa Francia genera dificultades a los socios de la UE, habiendo sido el rechazo plebiscitario del pueblo francés a la constitución comunitaria una demostración simbólica de que Francia, de líder y motor del máximo proyecto continental, pasó a ser su furgón de cola.

Este breve inventario de tribulaciones pone de manifiesto que la economía francesa va en sentido inverso de lo que es recomendable para insertarse con ventaja en el cambiante espacio globalizado contemporáneo. Proceso competitivo y vertiginoso que ha revalorizado el rol de la economía de mercado, la liberalización de los factores de producción, la exaltación de la cultura empresarial y la apertura al intercambio internacional. Todo ello orientado a asignar con eficiencia los recursos disponibles y a atraer fondos destinados a la inversión, desalentando la fuga de capitales y la "relocalización" de industrias que esmerilan de continuo la actividad económica de los países que permanecen rezagados.

- *Nuevo gobierno, nueva oportunidad*

En este contexto, las recientes elecciones generales que otorgaron una rotunda victoria al candidato "conservador" Antonio Sarkozy, abrieron expectativas positivas acerca de que París podría iniciar ahora una etapa de renovación tendiente a recuperar el rumbo perdido. En efecto, la magnitud de la victoria electoral que redujo las expresiones políticas tradicionales de mentalidad estatista (socialistas, comunistas y nacionalistas lepenianos) a una representación parlamentaria minoritaria, permite abrigar la esperanza de que el nuevo gobierno francés -que acumula tanto poder como lo tuvo de Gaulle en su mejor momento- encare de una buena vez la ejecución de los cambios necesarios.

Al respecto, han sido atinadas las primeras declaraciones del presidente electo quien se encamina a disponer medidas liberalizadoras que hacen presumir que se producirá un giro de 180 grados en la orientación impresa a la política económica francesa. En este punto, téngase en cuenta que una de las causas que provocaron el actual estado de cosas fue la "política de cohabitación" vigente durante años entre partidos de diferente signo ("derecha" e "izquierda", según el argot maniqueo francés concebido a fines del siglo XVIII) que, en la medida que reflejó una ecuación de empate en el reparto y el ejercicio del poder, sólo sirvió para diferir *sine die* la cirugía transformadora.

- *Ideología y corporaciones al acecho*

No obstante el clima de optimismo que el recambio gubernamental ha motivado, convendría mantener la prudencia antes de pronosticar apresuradamente un futuro venturoso para Francia.

En primer lugar, porque en los pliegues del vetusto Estado benefactor, empresario y regulador aún operando en el territorio galo, subsisten extendidos sectores burocráticos y corporativos que acumulan estratégicas cuotas de poder, -económico, gremial e institucional- que no están dispuestos a tolerar nuevas reglas de juego que puedan perjudicarlos. Por su parte, cabe destacar que el equipo de hombres y mujeres que acompaña al flamante presidente fue reclutado del mismo tronco partidario post-gaullista que, de la mano de Jacques Chirac, ha gobernado el país durante los últimos 12 años. Es decir, que se trata de los mismos de siempre. Por ambas razones, momentáneamente se mantiene la duda de si el ambicioso programa de gobierno anunciado por Sarkozy días atrás no podría degenerar y terminar siendo mero gatopardismo. El proyecto de compensar la reducción de los impuestos al trabajo con un incremento en el IVA, sin que se hable de replantear el gasto público, alimenta la razonable sospecha de que podrían “cambiar algo para que todo siga igual”.

En segundo lugar, porque diversos estamentos de la sociedad francesa están imbuidos de concepciones económico-sociales perimidas y son rehenes de atávicos prejuicios ideológicos. Conforman una idiosincrasia colectiva que manifiesta una compacta hostilidad hacia aquellas medidas que apunten al redimensionamiento del aparato estatal; que estimulen la gestión de las empresas privadas y que faciliten el accionar innovador de los empresarios (los “patrones”, como despectivamente se los llama en la Galia actual colmada de funcionarios públicos). Se resisten a convalidar el funcionamiento pleno de la economía de mercado y que el mismo sea resguardado por un sistema jurídico que garantice el estado de derecho. Además, desapruaban que la sociedad civil se involucre con audacia, imaginación y dinamismo y aproveche las oportunidades que prodiga la globalización a los que están dispuestos a competir.

Esta mentalidad -dogmática, chovinista y conspirativa- que abreva en el postulado filosófico hegeliano que concibió al Estado como encarnación del “espíritu absoluto” (es decir: se piensa que el bienestar del pueblo depende de la burocracia estatal); que atribuye “los males del mundo” al egoísmo burgués y, por extensión, al imperialismo anglo-sajón, ha calado hondo entre la ciudadanía francesa constituyendo una ideología a la que se adscribe sin hesitar. Un bagaje de preconceptos que ha sido acicateado por la intelectualidad parisina, numerosa y brillante en lo teórico, pero que, a pesar de contar con admirables recursos analíticos, epistemológicos y retóricos, fue sistemáticamente incapaz de diagnosticar con realismo las causas del actual naufragio nacional.

Como bien señala Jean-Francois Revel (un pensador que se mantuvo a distancia de la ampulosa mediocridad dominante en los ámbitos culturales del país): todo ideólogo cree y pretende hacer creer a los demás que dispone de un sistema explicativo global, el cual no es más que un compendio de formulaciones erróneas que, a partir de una construcción teórica deductiva y esquemática busca retener los hechos que favorecen la tesis apriorística omitiendo los que la contradicen. El ideólogo se priva de utilizar la refutación, herramienta imprescindible para generar conocimientos en la medida en que -como apuntó Kart Popper- provoca incertidumbre, renueva el universo de ideas y acicatea la búsqueda de la verdad. Cuando en la década del '50 Jean Paul Sastre, el cerebro francés más lúcido del siglo pasado, luego de abrazar el ideario marxista se negó a denunciar públicamente la existencia de campos de concentración (gulag) en la Rusia estalinista, inauguró un modo de razonar falaz divorciado de la ética, mutando él mismo de filósofo a ideólogo.

En definitiva, los “artefactos” ideológicos que pululan en los ambientes académicos, culturales y mediáticos de la bella Ciudad Luz son inadecuados a los fines de detectar la raíz de las cuestiones que hoy angustian a los ciudadanos franceses. Apenas alcanzan para anestesiarlos

con eslogans remanidos provenientes de teorías conspirativas victimizantes que sólo sirven para mantener a Francia al margen de los grandes desafíos contemporáneos. Por ello, Revel y Francois Fouret, (escritor ex comunista que pudo romper el cerco dogmático partidario y se convirtió en crítico implacable de sus antiguos camaradas) llegan a la conclusión de que la mentira conforma el basamento del sistema de pensamiento en el cual cree la mayoría de los franceses.

Es así que, cuando la candidata socialista a presidente, en plena campaña electoral prometió que, en caso de triunfar, incrementaría el salario mínimo vital y generalizaría el régimen de 36 horas de trabajo, demostró que la interpretación de la realidad que hace cierta dirigencia partidaria sigue entrampada en la repetición de recetas anacrónicas. Cabe agregar que el PS francés está entre los pocos partidos socialdemócratas de Europa que aún no replanteó su doctrina para adecuarla a las condiciones de la Era de la Información que transita la humanidad. A pesar de eso, luego de la derrota sufrida en las urnas, Segolène Royal reconoció que aquel anuncio es materialmente inviable porque agudizaría la situación existente.

Cabe prever, entonces, que de ser genuina la vocación de cambio expresada por el gobierno que acaba de asumir en Francia, deberá sustentar la gestión en políticas coherentes a ser ejecutadas con firmeza de modo de quebrar la resistencia cerril que se le opondrá de parte de numerosos sectores de la sociedad civil y estatal.

- *Una moderada esperanza*

Finalmente, una digresión pertinente. Dada la notable influencia que, desde los tiempos de la gesta emancipadora, ejerce la cultura política y filosófica francesa sobre dirigentes, científicos sociales, educadores, periodistas, artistas e intelectuales de la República Argentina; teniendo en cuenta, además, la similitud apreciable entre ambas realidades nacionales, lo que suceda de ahora en más al otro lado del Atlántico no nos resultará indiferente. Si en Francia triunfan las ideas modernizadoras y se revierte el rumbo decadente que la condena al estancamiento, la repercusión aquí será inmediata y es probable que la marea reformista francesa genere una corriente de opinión favorable a la aplicación de políticas novedosas que se necesitan imperiosamente. De lo contrario los argentinos, al igual que los franceses, seguiremos navegando a contramano del contexto internacional y de los países que encontraron la fórmula para alcanzar el éxito económico y social.

*Gustavo Ernesto Demarchi
Balvanera Sud, 26 de junio de 2007*